

HISTORIAS QUE SANAN. VERDADES
QUE LIBERAN. GRACIA QUE RESTAURA.

CAMINANDO EN LA GRACIA



ATENÓGENES ROCA



**De gracia recibisteis,
dad de gracia. — Mateo 10:8b**

De: _____

Para: _____

Capítulo 1

La Persona de la Gracia

Este capítulo es una invitación a encontrarte con la Persona que encarna la Gracia: Jesucristo.

¿Alguna vez has sentido que lo que sabes de Dios es apenas una chispa de todo lo que Él desea mostrarte? ¿Te has preguntado si es posible experimentar Su amor más allá de las palabras y teorías? Si tu corazón anhela algo real, algo que toque tu espíritu, este es tu momento.

Porque cuando descubres que la Gracia no es simplemente una doctrina, sino una Persona viva que te ama, te busca y te llama por nombre, todo comienza a cambiar.

Una experiencia inesperada

¿Te has encontrado ante un plazo difícil de cumplir? Eso fue lo que viví cuando recibí una llamada urgente de mi jefe. La compañía estaba a punto de enfrentar una penalización por incumplimiento en

el proyecto *Enmarket Arena*, en Savannah, Georgia. El contratista exigía un registro fotográfico completo en menos de veinticuatro horas.

Decidí salir con mi hijo Daniel, quien había estudiado fotografía, para representar a la empresa. Partimos durante la noche, bajo un cielo despejado y carreteras en silencio. Mientras él conducía desde Charlotte hacia Savannah, la música góspel sonaba suavemente, pero el ambiente era inusualmente callado. Daniel, normalmente conversador, guardaba silencio.

—Daniel —pregunté con suavidad—, ¿qué piensas sobre la Gracia?

Me miró con una sonrisa y respondió:

—¿En qué andas, Pa?

Le conté que estaba escribiendo un libro sobre la Gracia. Daniel sonrió, divertido.

—Tus preguntas habitualmente traen una nueva aventura —dijo.

Luego se quedó pensativo.

—Recuerdo que mamá me enseñó que la Gracia es un regalo que no merecemos, que somos salvos por creer que Jesús pagó el precio en la cruz. Me bauticé cuando tenía siete años porque creí y acepté Su perdón. He leído también: “*De gracia recibisteis, dad de gracia*”, lo cual para mí es compartir lo que Dios nos ha dado sin ponerle condiciones.

Guardó silencio unos segundos y luego me miró con intención.

—¿Y tú, Pa? ¿Qué es la Gracia para ti? Pero trata de resumirlo, ¿sí?

Sonreí, sabiendo que lo decía en broma, pero también entendiendo que era un momento divino.

—Para mí, la Gracia es una Persona —respondí.

—¿Una Persona? ¿Cómo puede ser eso, Pa? Suena raro. La mayoría diría que estás exagerando. ¿Puedes mostrarme, por favor, por qué lo ves así?

La dulzura del Espíritu Santo llenó el vehículo. Tomé mi Biblia, la coloqué sobre mis piernas y respondí con tranquilidad:

—El Espíritu da vida a la Palabra, y en esa Palabra descubrimos que la Gracia no es un concepto que se entiende, sino una Presencia que se encuentra.

—Entonces, ¿podrías mostrármelo, Pa? No lo dejes pasar.

Daniel asintió. Le leí en voz clara:

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a Su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree no se pierda, mas tenga vida eterna.” —Juan 3:16 (RVR1960).

—¿Notas la expresión *“ha dado”*? Dios no nos ofreció algo simbólico, sino que nos dio a alguien: Su Hijo. Eso es Gracia, el mayor regalo, entregado sin condiciones.

Me detuve para que esas palabras respiraran, luego continué. Daniel me miró sorprendido.

—No lo había visto así. Es como si todo apuntara a Él, la Gracia no es un concepto, es Jesús mismo.

—Exactamente —respondí—. No es simplemente que Jesús tenga Gracia. Él es la Gracia.

Cuando Dios te salva, no solo te libra del castigo por el pecado ni de la muerte o la condenación eterna. También te rescata del vacío que nadie ve, del miedo que te paraliza en silencio, del orgullo que a veces es solo una forma de proteger tu dolor y de esa soledad que aún sientes rodeado de gente. Dios te salva de ti mismo, y te abraza como Padre, para recordarte que no eres un esclavo que tiene que ganarse Su amor, sino un hijo que ya lo recibió por Gracia.

Daniel guardó silencio; la revelación le hablaba más fuerte que mis palabras. Su mirada ya no era solo de comprensión, sino de asombro.

Reflexionando sobre la Gracia

—Pa, ¿por qué hay tanta confusión cuando se habla de la Gracia? —preguntó Daniel, frunciendo el ceño—. A veces parece que hablar de Gracia fuera peligroso, como si quitara la santidad del Evangelio.

—El enemigo ha sembrado una gran mentira —le respondí—. Ha distorsionado la verdad, haciéndonos creer que la Gracia es un

permiso para pecar, cuando en realidad es el poder para vivir en libertad.

—Y por eso muchos prefieren no hablar de ella —añadió Daniel—, como si fuera mejor callar que ser malinterpretado.

—Exacto —asentí—. Esa confusión ha silenciado a creyentes sinceros, pero la Gracia no es superficialidad ni debilita el Evangelio; al contrario, lo revela con mayor fuerza. Y cuando la entiendes como Persona —Jesucristo presente y activo en ti— no puedes usarla como excusa: solo puedes rendirte a ella.

—La Gracia no autoriza el pecado, lo desarma, y ese poder viene del Espíritu Santo. Pablo lo explicó con claridad: *“Si vivís conforme a la carne, moriréis; pero, si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis.”* —Romanos 8:13 (RVR1960).

—Entonces —dijo Daniel, reflexivo—, no se puede vivir en Gracia mientras se alimenta el pecado. Es como traicionar a quien te ama.

—Así es —respondí—. Cuando el Espíritu ve que rechazamos la Gracia, se entristece. Él no fue enviado para hacernos religiosos, sino para enseñarnos a vivir en Jesús, por amor y no por apariencias. Y cuando reconocemos que la Gracia es una Persona, desaparecen las excusas: solo queda rendirse, amar y vivir desde la identidad que hemos recibido.

Daniel permaneció en silencio, un silencio profundo, pero lleno de aliento, como si el Espíritu Santo mismo estuviera allí, susurrando verdades al corazón. Miré hacia el horizonte, donde la primera luz del amanecer comenzaba a pintar el cielo.

—Pa, ¿crees que el enemigo ha ganado terreno en esto? ¿Que seguiremos evitando hablar de Gracia por miedo?

Respiré hondo antes de responder.

—No, hijo. El enemigo no ha ganado, porque la Gracia no es una idea que pueda silenciarse: es una Persona viva, Jesucristo, y está despertando corazones. Muchos sienten temor —yo también lo sentí— antes de ser tocados por el Espíritu Santo.

Hay muchas personas, como tú esta noche, que están descubriendo que la Gracia no es un concepto lejano, sino una realidad viva y palpitante. Personas que, en este mismo instante, están abriendo su corazón a un amor que no pide perfección, sino solo la disposición para recibirlo. Como el amanecer que rompe la oscuridad de la noche, esta Gracia está despertando —silenciosa, pero inconfundible— en los corazones de muchos.

—Yo creo —continué— que estamos por ver un avivamiento que no llevará el nombre de ningún hombre. Será una visitación del Espíritu Santo donde Jesús será conocido no solo como Salvador, sino como la Gracia viva.

Daniel me miró con los ojos iluminados.

—Ahora entiendo que necesito vivir mis propias experiencias con Él —dijo Daniel con voz serena.

La cita que el cielo preparó

Daniel se acomodó en su asiento y cerró los ojos, tranquilo. No hacía falta decir nada más, porque sabía que algo había ocurrido: la semilla había sido sembrada.

Por la Gracia de Dios, logramos entregar a tiempo el informe fotográfico completo del proyecto, pero lo verdaderamente valioso de ese viaje no fue cumplir con la tarea, sino descubrir que habíamos sido guiados a una cita divina.

Ese trayecto no fue solo por trabajo, fue un encuentro personal con la Gracia viva. Jesús —la Persona de la Gracia— quien no solo transforma lo que haces: transforma quién eres.

Me recordó que soy hijo de Dios, lo comprendí con claridad al leer estas palabras:

“Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en Su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios.” —Juan 1:12 (RVR1960).

Yo le recibí y creí en Su nombre; ahora sé quién soy, no por esfuerzo ni logros, sino por Su Gracia. Jesús no irrumpe con fuerza, pero sí llama con amor. Si escuchas Su voz, no la ignores, porque la mesa ya está servida y en ella hay un lugar con tu nombre. Disfruta de Su Gracia.

De Jesús. Para ti:

“He aquí, Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye Mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.” — Apocalipsis 3:20 (RVR1960).

No faltes. La invitación es personal, y la Gracia no solo te transforma: te sienta en el corazón del Padre.

Una oración de Gracia

En lo profundo de mi corazón sentí una urgencia suave; no era presión, sino una invitación. Cerré los ojos, respiré hondo y oré:

*Señor **Jesucristo**, reconozco que no siempre me resulta fácil caminar en Tu Gracia a veces quiero controlar, entenderlo todo, resolverlo todo... pero hoy me rindo. Rindo mis dudas, mis miedos y mis intentos de hacerlo todo por mi cuenta. Perdóname por las veces en que viví como si Tu Gracia no fuera suficiente.*

***Espíritu Santo**, enséñame a descansar en Tu amor. Enséñame a vivir como hijo, no como esclavo. Hoy quiero caminar contigo, Jesús. Quiero conocerte como la Persona viva de la Gracia. Gracias por buscarme, por amarme sin condiciones y por llamarme cuando ni siquiera sabía que Te necesitaba.*

Amén.

Historias que sanan. Verdades que liberan. Gracia que restaura.

Lo que viene

Caminar en la Gracia no es un destino, sino un encuentro constante con el amor que no se rinde. Y si hoy decides responder a ese amor, el siguiente capítulo puede marcar el inicio de tu propia historia con Él.

Cuando la Gracia se revela, no solo transforma tu interior: también deja huellas visibles, que a veces toman forma de milagros. Y cuando eso sucede, la transformación se vuelve inevitable.

Preguntas para meditar

1. ¿Qué significa para ti que la Gracia no es solo un regalo, sino una Persona viva llamada Jesús?

2. ¿Qué áreas de tu vida necesitan hoy rendirse a la Persona de la Gracia para experimentar verdadera transformación?

3. ¿Confías en que la Persona de la Gracia puede sanar tus heridas más profundas y responder a las peticiones sinceras de tu corazón?
